

Presentación

Presentamos en este número de nuestra Revista, la serie de conferencias pronunciadas por la Dra. Graciela Chamorro en el marco de la “Cátedra Juan A. Mackay” del año 2008, acompañadas de las tres reacciones que tuvieron lugar durante esta semana (A. Otzoy, J. May, E. Arias), y un artículo adicional de J. Estermann en el que se profundiza acerca de la posición del ser humano en la cosmovisión indígena. En las páginas de este número se delinean pues, los rasgos de una nueva antropología teológica a partir de la palabra indígena, la palabra soñada.

Vale la pena recordar, a modo de introducción, que en el siglo XVI se inicia un importante movimiento de expansión colonial europea. El descubridor percibirá las culturas que encuentra como técnicamente inferiores, culturalmente primitivas y religiosamente paganas. Esta infravaloración

era una condición previa para la legitimación del proceso de conquista que, inevitablemente, seguiría. El regateo de la humanidad del indígena se nota en algunas instituciones fundamentales del período colonial. Los indígenas son relegados de sus antiguas posesiones a espacios limitados en los que -además- debían pagar impuestos: las llamadas “Reducciones”; regidas por una autoridad eclesiástica y otra civil, ambas españolas. Los indígenas son “reducidos” así, no sólo en su espacio vital sino también en su humanidad. Con la “Encomienda” sucede algo similar. El trato dado al indígena suponía a éste como un ser inferior, incapaz de regirse por sí mismo, y por esto mismo “encomendado” a otro, para ser regido por él.

Es por ello que la salvación en la catequesis colonial, fue predicada como un proceso de “humanización”: los indios debían cambiar de vida y de costumbres, sacar la forma de ser indígena y sustituirla por otra. La desobediencia era severamente castigada, la resistencia fue criminalizada. Arruinada la estructura económica y la visión de mundo original, enfrentados con un mundo marcado por la inestabilidad, la fragmentación cultural y, posteriormente, con enfermedades desconocidas hasta entonces, con el destierro y la esclavitud, se consolida la imagen apocalíptica de “una tierra sin males”. Un lugar guardado y protegido, una tierra buena y fértil, un lugar donde existen las plantas y los animales que forman el mundo original, donde las propias personas experimentan las condiciones favorables a su plenitud (Chamorro, Bifurcación 41ss).

En tres artículos, en los que se respira no sólo un conocimiento profundo e íntimo del tema, sino también un delicado equilibrio entre sensibilidad

humana y narrativa poética, la prof. Graciela Chamorro nos muestra una visión distinta de este interesante aunque doloroso proceso: el punto de vista guaraní, de su cosmovisión, de su lengua, de sus esperanzas. El primer párrafo de este trabajo dibuja esto con claridad meridiana: “En el continente americano, la actitud que predominó en las iglesias fue la de extirpar las cosmovisiones indígenas y los pueblos que creían en ellas .. Pero esos pueblos destinados al silencio se hacen oír de nuevo en las últimas décadas. No sólo como ciudadanos y ciudadanas que luchan por ser “iguales” a los demás, sino también como “otros”, “alternos” a la población americana o extranjera oriunda de otras partes del mundo y de otros procesos de contacto inter-étnico y cultural” (pág. 8).

Las tres ponencias son acompañadas por cuatro artículos adicionales.

A partir de la categoría de conocimiento como clave de relación (autoconocimiento, reconocimiento y reconocimiento mutuo), A. Otzoy plantea el tema de la armonía entre los pueblos. Diálogo que establece desde la perspectiva de su propia cultura maya.

A partir de la categoría fundamental de alma, como es desarrollada en la obra de O. Rank, J. May plantea la posibilidad de un diálogo fecundo y constructivo entre dos visiones de mundo, vistas previamente en forma antagónica: la guaraní y la cristiana.

Reconociendo que el diálogo no siempre resulta fácil debido al interés común en ser escuchados más que en escuchar, E. Arias retoma la imagen

guaraní de una “tierra sin males”, para establecer una interesante analogía con la categoría cristiana del “Reino de Dios”. En ambas, las pequeñas transformaciones son señales de un sueño mayor.

En “Equilibrio y cuidado”, J. Estermann profundiza la posición del ser humano en la cosmovisión indígena, una postura —no central sino— de puente entre diferentes ámbitos de la realidad que cobija a todos los seres. La comunidad humana es esencialmente un reflejo de la comunidad cósmica que se rige por los principios de relacionalidad, correspondencia, complementariedad, reciprocidad y ciclicidad histórica. Un análisis detenido de estos principios permite al autor desarrollar, con profundidad, las nociones de solidaridad y diaconía en perspectiva indígena.

Invitamos a nuestras lectoras y lectores a disfrutar de este número.

*José Enrique Ramírez
Director*